

Sobre *La guerra no tiene rostro de mujer...* y las pasiones*

Laura Ariana Aparicio Ruiz**

“En la escuela nos enseñaban a amar la muerte. Escribíamos redacciones sobre cuánto nos gustaría entregar la vida por... era nuestro sueño.

Sin embargo, las voces de la calle contaban a gritos otra historia y esa historia me resultaba muy tentadora”.

SVETLANA ALEXIÉVICH

La guerra no tiene rostro de mujer es una obra del periodismo narrativo, escrita por Svetlana Alexiévich, ganadora del Premio Nobel de Literatura 2015, publicada en 1985 y reescrita en 2002, para integrar elementos que no utilizó en la primera versión debido a la censura gubernamental y su autocensura. Finalmente, fue traducido al castellano por Yulia Dobrovolskaia y Zahara García González, y publicado en México por la editorial Debate en noviembre de 2015 (primera edición).

La autora, de origen ucraniano, nació algunos años después del término de la Segunda Guerra Mundial y creció durante la posguerra. Esto la llevó a pensar con mayor profundidad las historias “no oficiales” que se contaban sobre la guerra, como ella misma lo relata: “quería saber más”, y recorrió gran parte del territorio ruso en su búsqueda.

Inicia la descripción del camino que la llevó a escribir, que fundamentalmente está hecho con base de testimonios de mujeres que tuvieron algún papel durante la guerra: partisanas, enfermeras, fran-

* *La guerra no tiene rostro de mujer*, de Svetlana Alexiévich, México: Debate, 2015.

** Licenciada en Psicología por la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Correo electrónico: [laura.aparicio19@gmail.com].

cotiradoras, sargentos de tráfico, telefonistas, pilotos, zapadoras, etcétera. Permite que sean ellas, “las sin voz”, quienes cuenten su propia historia, la cual ha sido negada por aquellos que ostentan la bandera de la victoria.

En ese sentido, no escribe específicamente sobre la guerra –la victoria o la derrota– sino sobre los seres humanos que la habitaron o que fueron habitados por ella de forma parcial o permanente; es decir, sobre la cotidianidad de los sujetos (particularmente las mujeres) en el frente de batalla y, posteriormente, las marcas que dejó la guerra en sus vidas.

Por momentos, la lectura tiene un contenido denso y su asimilación es complicada, sin embargo, es muy valiosa. Si bien el título del libro refleja muy bien su contenido, sus páginas aportan mucho más, ya que se pueden leer elementos interesantes que nos acercan a pensar la subjetividad de la época y su posible registro hasta la actualidad, como son: las expectativas a futuro, el significado cultural del “ser mujer”, la guerra, el patriotismo, el amor, la alegría, el odio, el miedo, las tristezas, los anhelos, entre otros, enmarcados por la ideología de género que moldea la subjetividad de las mujeres y les asigna un papel establecido como madres y amas de casa.

Las pasiones son constitutivas de todo sujeto, esto permite la implicación con las historias de una gran cantidad de mujeres que vivieron la guerra desde las trincheras, hospitales y aviones. En ese sentido, el libro no atrapa precisamente por la forma de la escritura, sino porque la narración está cargada de las pasiones vividas, que parecen regresar a ellas mediante los recuerdos y, de esta manera, su lectura también da la posibilidad al lector de sentir las; ésta es una característica del libro: que sumerge al lector ante esas pasiones de mujeres de las que nadie habla en la guerra, en donde la única admitida es la valentía, exigida para los hombres pero ambigua para las mujeres.

Finalmente llegamos a Rostov. Allí fui herida durante un bombardeo. Recuperé el conocimiento ya en el tren, oí como un soldado viejo reñía a otro joven: “Tu mujer no lloraba tanto al parir como estás llorando

tú ahora”. Cuando me vio abrir los ojos, me dijo: “Grita, cariño, grita. Te hará sentir mejor. Tú sí que puedes hacerlo”. Pensé en mamá y lloré (p. 182).

Una de las pasiones a destacar es el miedo, presente no sólo en la guerra, sino en la vida cotidiana, el cual permite sobrevivir. Sin embargo, en el frente de batalla pareciera que no se puede admitir el miedo; los hombres en particular no pueden hablar de eso debido a la carga cultural que los obliga a ser “fuertes” ante toda situación, a no demostrar sentimientos, a ser valientes. Los sentimientos son relegados a las mujeres, la delicadeza, la belleza, el llanto, entre otros, por eso “lo femenino” no cabe en la guerra, a reserva de integrar las tareas que se consideran femeninas como la cocina, la enfermería, el aseo, entre otras que están relacionadas con la atención al otro o con labores domésticas: “Nosotros, los oficiales profesionales, observábamos con cierto recelo cómo el sexo débil aprendía el arte militar, que desde siempre se había considerado una tarea masculina” (p. 153).

Las mujeres se incorporaron al ejército aún con los cuestionamientos sobre sus posibilidades de combatir; se integraron como avanzada en el frente de batalla, cumpliendo no sólo con los papeles considerados femeninos, como cocineras o enfermeras, sino integrándose a todas las funciones.

Aspirábamos a... No queríamos que dijeran de nosotras: “¡Esas mujeres!”. Nos esforzábamos más que los hombres, teníamos que demostrar que no éramos inferiores a ellos. Durante mucho tiempo existió hacia nosotras esa actitud condescendiente, ufana: “¡A saber la que esas nos armarán aquí...!” (p. 235).

Esto también significó mayor presión sobre los hombres, no podían quedarse en la retaguardia:

Comenzó el combate. El fuego era muy intenso. Los soldados se agazaparon. Sonó el llamamiento: “¡Adelante! ¡Por la patria!”, pero no se movieron. Ordenaron de nuevo, nadie reaccionó. Me quité el gorro

para que lo vieran: se había levantado una chica... Entonces todos se levantaron y entramos en combate... (p. 75).

Ellos son quienes “tenían” socialmente la responsabilidad de luchar en la guerra y obtener la victoria, entonces ¿por qué las mujeres decidieron enlistarse en el ejército? “Nos educaron en la idea de que éramos uno con la patria” (p. 87).

Los alemanes entraron en nuestra aldea... Iban en motocicletas, grandes y negras... me los quedé mirando: eran jóvenes y alegres. Se reían sin parar. ¡A carcajadas! A mí se me paraba el corazón: estaban ocupando nuestra tierra y encima se reían (p. 79).

Otra de las pasiones se manifiesta alrededor del amor a la patria, enseñado en las escuelas de los Estados-nación en el mundo. La patria reúne a todas las personas que nacieron dentro de un cierto límite territorial y que se educan bajo determinados modelos culturales, como forma de identificación, pero también de gobernabilidad.

La entonces URSS se consideraba un país comunista, pero la idea de patria es incompatible con el comunismo que proponían Marx y Lenin; fue durante el régimen totalitario de Stalin que se exaltó el patriotismo y se santificó a los sujetos, convirtiéndolos en mártires. Por ello, después de la muerte de Lenin, San Petersburgo cambió de nombre a “Leningrado” y al término de la Segunda Guerra Mundial —que en Rusia fue conocida como “La Gran Guerra Patria”— se le llamó popularmente Stalingrado.

Todo aquel que no diera la vida por la patria automáticamente se convertiría en un enemigo del pueblo, si alguien regresaba vivo de la tortura significaba que era un traidor. Este sentimiento parecía estar presente en gran parte de la población, pero esta no fue la única razón por la que decidieron salir a combatir.

—Nos despertó en mitad de la noche y nos dio unos saquitos con comida. Nos dio un abrazo a cada una de nosotras y nos dijo: “marchaos...”

—¿No intentó retener a su hija?

—No, la besó y dijo: tu padre está luchando, tú debes hacer lo mismo (p. 171).

El sentimiento humano de repulsión contra alguna situación injusta, paradójicamente lleva al odio. El responsable de esa injusticia se convierte en el enemigo, al que se le debe combatir, ese sentimiento crece en la profundidad de las entrañas y se acerca peligrosamente a la crueldad. Durante la guerra, el odio, la violencia y la sangre parecen permanentes, pero esto no excluye al amor, la solidaridad y la compasión, que también están presentes en esa situación; no se puede negar que los sujetos estamos constituidos por dichas pasiones.

Era un niño judío... El alemán lo ató a su bicicleta para que el niño corriera detrás como un perrito: "Schnell! Schnell!". Pedaleaba y se reía. Era un alemán joven... Pronto se aburrió, bajó de la bicicleta y con gestos ordenó al niño que se pusiera de rodillas... De cuatro patas... Que se arrastrara como un perro... Que saltara... "Hund! Hund!" Lanzó un palo: "¡Tráemelo!" El niño se puso de pie y corriendo se fue a por el palo, lo recogió con las manos. El alemán se enfureció... Comenzó a pegar al niño. A reñirlo. Le ordenó: "Ponte de cuatro patas y tráeme el palo con la boca". El niño lo hizo...

El alemán jugó con aquel niño un par de horas. Luego otra vez lo ató a la bicicleta y se marcharon. El niño corría a cuatro patas... hacia el gueto...

¿Y usted me pregunta por qué decidimos luchar? ¿Por qué aprendimos a disparar?... (p. 295).

Independientemente de las razones por las que las mujeres decidieran estar en el campo de batalla, ahí estuvieron y pelearon por integrarse de manera voluntaria a pesar de ser subestimadas y consideradas demasiado sentimentales por los hombres, por los generales al mando del ejército, incluso por la sociedad en general. En medio de la guerra fue reconocido su valor, se les reconoció a través de medallas, fueron protegidas y admiradas por sus compañeros; sin

embargo, el periodo siguiente a la guerra fue más difícil para las mujeres, muchas no pudieron hacer una vida “culturalmente esperada” y muchas otras no quisieron.

Me pasé toda la guerra sufriendo porque no quería acabar con las piernas mutiladas. Yo tenía unas piernas bonitas. A un hombre eso le da lo mismo. No le importa tanto, incluso si pierde las piernas. En cualquier caso sería un héroe. ¡Podría casarse! Si una mujer queda mutilada, ese será su destino. Su destino de mujer... (p. 223).

Las mujeres fueron borradas de la historia, no se les consideró excombatientes, fueron silenciadas porque no querían que hablaran de algo más que no fuera la victoria. Ellas también callaron, para protegerse de ser excluidas de su familia y de la sociedad.

Sin duda, considero que este libro es altamente recomendable para pensar la subjetividad y las pasiones humanas de las mujeres, aquellas que están presentes gracias a la autora aunque sean negadas por la historia oficial; las que históricamente se han dividido según las imposiciones de género, que fueron silenciadas durante la guerra y después de ésta por el ejército, incluso ellas que integraron estos discursos, y al no ser escuchadas también decidieron callar.

Fecha de recepción: 14/10/18
Fecha de aceptación: 14/12/18